

Lección 19

10 de mayo de 1967

Bueno... Primero quiero anunciarles que, muy a mi pesar, no dictaré este curso o este seminario, como quieran llamarlo, el miércoles próximo. Por la razón de que hay huelga, la cual, en últimas, entiendo respetar, por mi parte, más allá de las incomodidades que nos traería el que se nos anuncie que, habiendo sido cortada toda la electricidad, lo que con tanta dificultad intento desde hace numerosas sesiones hacer funcionar aquí para su beneficio y para el mío, habría sido vuelto inútil. Entonces, será necesario reinscribirlo de aquí al final de la sesión para que las personas que lleguen tarde no ignoren que sólo habrá próximo “seminario”, ya que así se lo llama, dentro de 15 días. Creo que estamos a 10 de mayo, lo que da entonces el 24; cita el 24.

¿Hay alguien que tenga alguna observación que hacerme sobre lo que les comuniqué en la última sesión? ¿Hay alguien que se haya hecho alguna reflexión que concierna especialmente – doy luces– a lo que escribí en el tablero?

No me parece... ¡Y yo no sé si deba o no respirar por eso...! ¿Acaso es por causa de la profunda distracción con la que se recibe lo que puedo inscribir? ¡Pero bueno! Al volver a mi casa me preocupé terriblemente por haber escrito en el tablero la fórmula de *a minúscula*, por supuesto, raíz de 5 menos 1, sobre 2, $\sqrt{5-1}/2$ y luego, justo después, el valor de $\sqrt{5} = 2,236...$ bueno, y algo. Hice algunos chistes sobre la tabla de logaritmos pero habría sido mejor si les preciso, por supuesto, que lo que escribí ahí no era el valor de *a minúscula* sino de $\sqrt{5}$. ¡No hay que imaginar que *a minúscula* es dos, coma y algo! Pues al contrario, *a minúscula* es inferior a la unidad, es una cifra que es un poco más alta que seis décimos, lo cual no sobra conocer para cuando quieran escribir esas longitudes o esas líneas de las que me sirvo y poner en una proporción más o menos exacta la longitud del *a minúscula* al lado de la longitud definida para equivaler a la unidad.

El segundo error que hice es que, luego de una larga serie de igualdades, particularmente la que se inscribe como $1^{+a}/1$, por ejemplo, terminé al final escribiendo: $= a$, cuando en realidad era $1/a$ lo que había que escribir.

¡Bueno, en fin!... ¡Para quienes copiaron esas fórmulas, que las corrijan!

Continuamos avanzando en nuestro objeto de este año. Y, por supuesto, esta lógica, que elaboro ante ustedes con el nombre de una *lógica del fantasma*, tiene un fin que definí varias veces y que se requiere que en algún momento llegue a aplicarse; a aplicarse a algo que sólo podría ser, por supuesto, una obra de cernido, o hasta, propiamente hablando, de crítica contra lo que se planteó en un cierto nivel de la experiencia y de una forma teórica que a veces se presta para imperfección.

Con ese propósito abrí, más bien volví a abrir, para su uso, una obra que no había dejado de parecerme importante en el momento en que surgió, y es accesible a todos ustedes puesto que fue traducida al francés con el nombre de *La Névrose de base* [La neurosis de base],¹ de alguien que seguramente no deja de tener ni talento ni penetración analítica y que se llama Sr. Bergler. Es una obra que les recomiendo puesto que tendrán otra vez 15 días por delante, que les recomiendo a título de ejemplo o de soporte... ocasional para aquello para lo cual puede servir nuestro trabajo aquí. Al recomendársela a título de ejemplo, por supuesto, ¡no digo recomendársela a título de modelo! Sin embargo, ya lo dije, es una obra de gran mérito. Ciertamente, no es por esas vías que veremos de ninguna manera aclararse lo que concierne a la naturaleza de la neurosis. Pero, seguramente, tampoco quiere decir que no se entrevea allí algún resorte esencial. Las nociones de estructura que aquí se adelantan (y que, además, en el sentido en que hago uso por el momento de esa palabra, no son privilegio de este autor), lo cual se enuncia habitualmente en la noción de *capas* (que, por la misma razón, se las organiza de lo superficial a lo profundo, o inversamente, de lo profundo a lo superficial), son aquellas particularmente de las que parte el autor; a saber que, en los casos que él contempla, pero además hay que agregar que los considera en mucho como los más numerosos en la neurosis, los casos definidos en su opinión por lo que él llama “la regresión oral” se definen por algo que, en últimas, no tengo razón para no tomar prestado de su texto, puesto que está ahí resumido en pocas líneas (¡así será más seguro!):

“Las neurosis orales hacen surgir constantemente la situación del triple mecanismo de la oralidad siguiente:

“Primeramente: me crearé el deseo masóquico de ser rechazado por mi madre...”

¹ Bergler Edmond, *La Névrose de base*, primera edición, Nueva York, 1949, traducido al francés por A. Corner, París, Payot, 1963 [D.].

(Que alguien escriba: 1°— *Ser rechazado*, bien en la esquina, arriba, a la derecha. ¡Muriel! Si tiene usted a bien, se lo agradecería. Tome esas cosas grandes que están ahí para eso).

“En segundo lugar: yo no sería...”

Termino el primer párrafo:

“Yo me crearía el deseo masóquico, entonces, de ser rechazado por mi madre, creando o deformando situaciones en las cuales algún sustituto de la imagen preedípica de mi madre rechazará mis deseos.

Esta es la capa más profunda, aquella cuyo acceso es más difícil, aquella contra cuya revelación el sujeto se defenderá más fuertemente y durante más tiempo. Digo esto para los oyentes más novatos de esta sala.

En segundo lugar: yo no sería conciente de mi deseo de ser rechazado y del hecho de que soy el autor de ese rechazo; veré únicamente que tengo razones para defenderme, que mi indignación está bien justificada, así como la pseudoagresividad de la que doy fe frente a tales rechazos.

(2°— *Seudoagresividad*. Escriban únicamente esas palabras, por favor).

“En tercer lugar: tras lo cual, me apiadaré de mí mismo en razón de que tal “injusticia” (entre comillas) sólo puede sucederme a mí y, una vez más, gozaré de un placer MASÓQUICO.²

Paso sobre lo que Bergler agrega allí respecto a lo que él llama “el punto de vista clínico”, particular diferenciación además que hace entre lo que él considera como resumen de la génesis de la perturbación (el elemento genético) y³ esta forma o aspecto clínico que se define por la intervención de un superyó, cuya vigilancia consiste precisamente en mantener la presencia del elemento que aquí él designa como “masóquico”, como elemento siempre activo en el mantenimiento de la defensa.

Ese segundo punto de vista ha de discutirse en sí mismo y no lo haré hoy. Sobre lo que avanzaré hoy al respecto es esto: que en ninguna parte se articula cómo esto (que, por lo demás, es justo), que en la posición oral el sujeto, digamos, quiere ser rechazado, por qué no es cierto decir que la pulsión oral consiste en querer obtener particularmente el seno. Si la observación se funda en su posición radical, en ningún punto de ese trabajo de Bergler se da cuenta de alguna manera de lo que quiere decir esto respecto a una pulsión definida como oral, y por qué en cierta

² Lacan acentúa esas palabras al decirlas [S.]

³ “el elemento genético –esta forma” [Sizaret].

forma al comienzo, lo que parece ser su tendencia, digamos, natural, queda así invertida. Punto sin embargo importante, por el hecho de que, precisamente, es desde su posición natural que el sujeto argumentará para sostener esta agresividad, que Bergler muy justamente llama “seudo”, porque no lo es. Esto, por supuesto, dejando abierto de qué se trata a nivel de una agresividad que no sería *seudo*.

Como sobre ese tema introduje un registro que propiamente hablando es el del narcisismo, equivalente a lo que, en la teoría aceptada por lo común, se llama “narcisismo secundario”, como ubiqué allí la agresividad como su dimensión constitutiva y como diferente, a ese respecto, de la pura y simple agresión, nos hallamos allí ante un abanico de nociones, desde la noción, bruta, de agresión, que no conviene en casi ningún caso, cuando se trata de fenómenos neuróticos; la de⁴ agresividad narcisista; por último, esta pseudoagresividad que especifica Bergler como resultando en cierto nivel de la neurosis oral.

Puntúo simplemente esas distinciones sin darles por el momento su desarrollo completo.

Como sea, se plantea el asunto de lo que conviene mantener como el estatuto, hasta ahora definido como agresivo, de un cierto tiempo de la pulsión oral y por qué en la neurosis oral este acento del *ser rechazado* es planteado por Bergler como el más radical. Lo que busca mi comentario no es únicamente zanjar respecto a los hechos (aunque, por supuesto, zanjar al respecto implicaría buscar de qué habla, a saber, de qué neurosis, de qué momento de su abordaje) sino de lo siguiente, que falta en un texto teórico, a saber: si no habría que examinar precisamente el punto en que aquí las cosas se detienen, a saber, en lo que quiere decir y por qué es pertinente el término de *ser rechazado*.

“Ser rechazado” sugiere algún suspenso interrogador. ¿Ser rechazado a título de qué? ¿Ser rechazado en tanto qué? No obstante, esto no es para nosotros, suponiendo que estemos en el umbral de la teoría analítica, cosa nueva, sino lo que nos sucede cuando nos presentamos en una relación, por ejemplo, que se calificará como intersubjetiva. A este respecto, saben ustedes, lo que se ha llegado a plantear en un cierto modo de pensamiento que es ese, hegeliano, del que el mismo Sartre, destacando un ramal, subrayó el acento que en cierto nivel puede tomar: el que ha sido calificado como exclusión radical y mutua de las conciencias, del carácter incompatible de su coexistencia; de ese *o él, o yo* que surgiría a partir del momento en que, propiamente hablando, aparece la dimensión del sujeto.

⁴ “el de” [Sizaret].

Basta también con decir hasta qué punto ese realce cae en manos de las críticas que se pueden plantear contra la génesis inicialmente adoptada en “la lucha a muerte”, y lucha a muerte que adquiere su estatuto de esta concepción radical del sujeto como absolutamente autónomo, como *Selbstbewußtsein*.

¿Se trata de algo de este tipo? No parece tan seguro. Puesto que todo lo que nos aporta la experiencia analítica respecto al estadio llamado oral, hace intervenir allí muchas otras dimensiones y, particularmente, esta dimensión corporal de la agresividad oral, de la necesidad de morder y del miedo a ser devorado.

El *ser rechazado*, entonces, ¿ha de tomarse en este caso como concerniente al objeto? A decir verdad, se vería fácilmente emerger su justificación en el hecho de que *ser rechazado* sería, en ese registro, propiamente hablando, huir uno mismo de ser engullido por el *partenaire* materno.

Sería tal vez un tanto demasiado simple también responder así la pregunta por el estatuto del *ser rechazado*. Y decir que es demasiado simple queda subrayado de manera suficiente por lo siguiente (lo cual se repite dos veces en las líneas que les acabo de leer de Bergler) y que asocia a esta neurosis oral, como siéndole esencial, la dimensión del masoquismo. El *ser rechazado* en cuestión es un rechazo de derrota, es un “rechazo humillante”, escribe también en otra parte el autor. Y es por esto que él se permite introducir la etiqueta de masoquismo, que él califica como “masoquismo psíquico”, en este caso, consagrando en cierta forma un uso vulgar del término masoquismo, para lo cual no digo que no haya, en tal texto de Freud, pretexto para introducirlo, pero que, extendido y tomado en este uso en donde es ahora cada vez más corriente, resulta, propiamente hablando, ruinoso.

La alusión, a la referencia, al objeto a nivel de ese rechazo es lo único que podría justificar ahí la introducción de la dimensión del masoquismo en ese nivel.

Es inexacto decir que lo que caracteriza al masoquismo es el aspecto penoso asumido como tal en una situación. Abordar las cosas bajo este ángulo culmina en el abuso de hacer (como lo hacen algunos) de la dimensión “somasoquismo” el registro esencial, por ejemplo, de toda la relación analítica. Ahí hay una verdadera perversión, tanto del pensamiento de Freud como de la teoría y de la práctica. Y esto es insostenible, propiamente hablando, cuando la dimensión del masoquismo es definida, precisamente sin duda, por el hecho de que el sujeto

asume una posición de objeto, en el sentido más acentuado que le damos a la palabra *objeto*, para definirlo como ese efecto de caída y de desecho, de resto del advenimiento subjetivo.

El hecho de que el masoquista instaure una situación regulada de antemano y regulada en sus detalles (que puede llegar hasta llevarlo a permanecer bajo una mesa, en la posición de un perro), hace parte de una puesta en escena, de una escenificación, que tiene su sentido y su beneficio, y que incontestablemente está en el principio de un beneficio de goce, independientemente de qué nota podamos agregar allí o no, respecto al mantenimiento, el respeto y la integridad del principio del placer.

Que este goce esté estrechamente vinculado con una *maniobra* del Otro, diría yo, que se expresa por lo común bajo la forma del *contrato* (cuando digo del *contrato*, digo del contrato *escrito*) de algo que dicta igualmente al Otro (y mucho más al Otro que al masoquista mismo) toda su conducta, es lo que debe instruirnos sobre la relación que da su especificidad, su originalidad, a la perversión masoquista, y que está hecha altamente para aclararnos hasta en su fondo,⁵ sobre la parte que juega allí el Otro en el sentido en que entiendo ese término; entiendo el Otro con una *A mayúscula*, el Otro, lugar donde se despliega en este caso una palabra que es una palabra de contrato.

Reducir el uso del término “masoquismo” después de eso, a ser algo que se presenta como simplemente una excepción, una aberración, al acceso del placer más simple, es algo de naturaleza tal que engendra todos los abusos. El primero de los cuales, el primero de los cuales es éste, para el cual ¡Dios mío! no creería emplear un término demasiado fuerte ni inapropiado al subrayar en las líneas de Bergler (de un cabo al otro de ese notable libro, lleno de observaciones muy buscadas y todas muy instructivas), subrayar, sin embargo, ese algo que yo llamaría una exasperación que no está lejos de realizar una actitud malvada respecto al enfermo: toda esa gente que él llama (que él llama como si ese fuera un gran error de su parte) ¡“coleccionistas de injusticias”! Como si en últimas estuviésemos en un mundo donde la justicia fuera un estado tan ordinario como para que se requiriera verdaderamente poner una parte de lo suyo para tener que quejarse de algo! Esos “coleccionistas de injusticias”, en quienes, seguramente, él busca su operación más secreta en el hecho de ser rechazados... Pero, en últimas, ¿no podemos nosotros mismos emitir contra Bergler la idea de que en ciertos casos, en últimas, ser rechazado... (como de hecho lo tenemos suficientemente en los fantasmas, pero es otra cosa, hablo aquí de la

⁵ “su fundo” [Sizaret].

realidad)... ¡tal vez sea mejor, de cuando en cuando, ser rechazado que ser aceptado demasiado pronto! El encuentro que se puede hacer con tal o cual persona que sólo pide adoptarlos, no es siempre... ¡la mejor solución no es siempre la de no escapar de ahí!

¿Por qué esta parcialidad? Que, en cierta forma, implica que haría parte de la naturaleza de las cosas, del orden, de su buena propensión, hacer siempre todo lo que hay que hacer para ser admitido. Esto suponiendo que ser admitido sea siempre ser admitido en una mesa benefactora.

Esto seguramente no deja de ser de una naturaleza inquietante y no deja de parecernos en este caso algo a señalar, para subrayar que... tal o cual cosa que puede suceder en el mundo y, por ejemplo, sencillamente por el momento en un cierto pequeño distrito de Asia del sudeste. ¿Pero de qué se trata? ¡Se trata de convencer a cierta gente de que se equivocan al no querer ser admitidos en las ventajas del capitalismo! ¡Prefieren ser rechazados! Es a partir de ese momento, al parecer, que deberían plantearse las preguntas sobre ciertas significaciones. Y especialmente ésta, por ejemplo, que nos mostraría –que nos mostraría sin duda, pero no será hoy cuando dé por esta vía los primeros pasos–, que si Freud escribió en alguna parte que “la anatomía es el destino”,⁶ tal vez hay un momento en que, cuando hayamos vuelto a una sana percepción de lo que Freud nos descubrió, se dirá, yo no digo ni siquiera “la política, es lo inconsciente”, sino, sencillamente, ¡*lo inconsciente, es la política!*

Quiero decir que lo que vincula a los hombres entre sí, lo que los opone, ha de motivarse precisamente en aquello cuya lógica intentamos articular por el momento.

Porque es a falta de esta articulación lógica que esos deslizamientos pueden producirse, que hacen que antes de darse cuenta de que para ser rechazado, para que “ser rechazado” sea esencial, como dimensión, para el neurótico, se requiere en todo caso lo siguiente: que ÉL SE OFREZCA.

Como lo escribí en alguna parte, tanto el neurótico como lo que nosotros mismos hacemos, y con razón, puesto que son sus caminos los que seguimos, consiste precisamente en: con oferta intentar hacer demanda, y que por supuesto tal operación ni en la neurosis ni tampoco en la cura analítica es exitosa siempre. Sobre todo si se la conduce torpemente. Esto también, además, es de tal naturaleza... (porque ningún discurso analítico deja de presentar para nosotros ocasión, al interrogarlo, ocasión de darnos cuenta, de lo que implica en cierto curso inocente, en donde

⁶ Cf. Freud S., “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor II) [1912], vol XI, pág. 183; frase que reaparece en “El sepultamiento del complejo de Edipo” [1924], vol XIX, pág. 185: Sigmund Freud, Obras Completas, Bs. As.: Amorrortu, 2006, 2ª edición.

jamás sabe él mismo, digo, ese discurso analítico, hasta dónde va en lo que articula)... Esto nos permitiría darnos cuenta, en efecto, de que si la clave de la posición neurótica depende de esa estrecha relación con la demanda del Otro en la medida en que intenta hacerla surgir, es justamente, como lo decía hace un instante, porque él se ofrece y porque al mismo tiempo vemos ahí el carácter fantasmático y, por lo tanto, caduco de ese mito, de ese mito introducido por la predicadera analítica y que se llama “oblatividad”. ¡Es un mito de neurótico!

Pero ¿qué es lo que motiva esas necesidades que se expresan en esos sesgos paradójicos y siempre tan mal definidos si se los remite pura y simplemente a los beneficios (recogidos o no después) de la realidad, si se omite esta primera etapa esencial, y a la única luz de la cual (digo etapa), lo que surge de sus resultados en lo real puede juzgarse? Es la *articulación* lógica de la posición –neurótica para este caso– e igualmente de todas las demás. Sin una articulación lógica que no hace intervenir ningún prejuicio de lo que ha de anhelarse para el sujeto... ¿qué saben de eso? ¿Qué saben de eso, si la necesidad... si el sujeto necesita casarse con tal o cual? ¿Y si erró su matrimonio en tal giro, si no es, para él, una veta? Mejor dicho ¿por qué se meten ustedes? Cuando lo único con lo que tendrían que vérsela ustedes es con la estructura lógica en cuestión. En cuestión particularmente en cuanto a una posición como aquella (para calificarla de *deseo de ser rechazado*) sobre la que ustedes han de saber primero qué busca en ese nivel el sujeto. ¿Cuál es para el neurótico la necesidad, el beneficio, tal vez, que hay en ser rechazado? Y señalar allí, además, el término de *masóquico* es simplemente, en este caso, introducir allí una nota peyorativa, seguida inmediatamente, como lo hice señalar hace poco, de una actitud directiva del análisis y que puede, en este caso, llegar hasta a volverse persecutoria.

He ahí por qué es absolutamente necesario retomar las cosas como entiendo hacerlo este año y, puesto que estamos en esto, recordar que partí este año del acto sexual en su estructura de acto, es en relación al hecho de que el sujeto sólo ve la luz por la relación de un significante con otro significante, y que esto les exige –quiero decir, a esos significantes– el *material*.

Hacer un acto es introducir esa relación de significantes a través de la cual la coyuntura se consagra como significativa, es decir, como una *ocasión de pensamiento*⁷.

Se pone el acento en el dominio de la situación porque uno imagina que es la voluntad la que preside al *fort-da*, por ejemplo, famoso, del juego del niño. No es el aspecto activo de la motricidad el que es ahí dimensión esencial. El aspecto activo de la motricidad sólo se despliega

⁷ “de pensar” [Sizaret].

aquí en la dimensión del juego. Es su estructura lógica la que distingue esta aparición del *fort-da*, tomado como ejemplar y que se ha vuelto ahora algo trivial. Es porque es la primera tematización significativa en forma de oposición fonemática de una cierta situación que se lo puede calificar de activo, pero solamente en el sentido en que, en adelante, llamaremos *activo*, lo que tiene, en el sentido en que lo definí, estructura de acto.

El cuestionamiento del acto: en esta relación tan retorcida, oculta, excluida, puesta en la sombra, que es la relación entre dos seres que pertenecen a dos clases que son definitivas para el estado civil y para el consejo de revisión, pero que precisamente nuestra experiencia nos enseñó a ver como no absolutamente evidentes para la vida familiar, por ejemplo, y bastante borrosas para la vida secreta. En otras palabras, lo que define al hombre y a la mujer.

La teoría y la experiencia analíticas aportan aquí la noción de satisfacción. Quiero decir como esencial para este acto. *Satisfacción*, en el texto de Freud, *Befriedigung*, introduce la noción de una paz que sobreviene. ¿Es esta satisfacción la satisfacción de la descarga, de la detumescencia? Satisfacción simple en apariencia y absolutamente propia para ser aceptada. No obstante, es claro que todo lo que desarrollamos en términos más o menos propios o impropios, implica que la satisfacción, puesto que distinguimos ésta, por ejemplo, que sería del orden pregenital, de la que es genital, implica otra dimensión, la implicada también por esas diferencias.

Que seguramente, ante todo, un término como el de “relación de objeto” se haya impuesto aquí, va de suyo; lo cual no le quita nada al carácter bufón de lo que sucede cuando se intenta inscribir con ese término, variarlo, escalonarlo según el más o el menos de tranquilidad en que se inscribe la relación. Porque no se trata de otra cosa cuando se distingue la relación genital por esos dos rasgos. Por una parte, la pretendida ternura que fácilmente se podría sostener, tranquilamente –hago alarde de hacerlo–, que en ningún caso es más que la reversión de un desprecio. Y, por otra parte, lo que se subraya de la pretendida esencia de la ruptura, hasta del duelo. Así, el progreso de la relación –quiero decir la “relación sexual” (entre comillas)–, en la medida en que llegaría a ser genital sería que uno tendría tanta mayor tranquilidad en pensar del compañero: “¡jódete!”.

Retomemos las cosas en otro plano de certeza: ¿a qué satisface el acto sexual?

Es muy evidente, primero, que se puede responder, y legítimamente, simplemente: al placer. Sólo conozco un registro en que esta respuesta sea plenamente sostenible, es un plano

ascético, el cual en la historia es sostenido por Diógenes,⁸ que realiza el gesto público de la masturbación como signo de esta afirmación teórica de un hedonismo llamado, en razón misma de ese modo de manifestación, “cínico”, y que se puede considerar como un tratamiento, *Handlung*,⁹ un tratamiento médico del deseo.

Esto no deja de pagarse con cierto precio, y puesto que hace poco introduce la dimensión política, cosa curiosa y absolutamente sensible, ese tipo filosófico se excluye él mismo, como se ve no solamente en las anécdotas sino en la posición del personaje en su tonel (¡así haya tenido un visitante como Alejandro!), que se paga con una exclusión de la dimensión de la Ciudad.

Lo repito, ahí hay algo de lo que nos equivocáramos al sonreír; es un aspecto propiamente hablando ascético, un modo de vivir. Probablemente, no es tan corriente como parece. No puedo decir nada al respecto. No lo he intentado.

(¿Escuchan o no? ¿No escuchan? Entonces, ¿para qué sirven todos estos aparatos? Bueno, voy a intentar hablar más fuerte)

Entonces, no habrá que olvidar ese lugar del placer, de la mínima... tensión. Bueno. Sólo que es claro que no basta con ese lugar; que muchos otros modos, que una gran variedad de modos de satisfacción aparecen a nivel de la búsqueda implicada por el acto sexual.

Nuestra tesis –aquella a la cual da cuerpo nuestro curso este año– es la siguiente: la imposibilidad de captar el conjunto de esos modos por fuera de un escrutinio lógico, único capaz de reunir, en su variedad así como en su amplitud, los diferentes modos de esta satisfacción. El conjunto en cuestión es el que instaura lo que llamaremos, provisionalmente y bajo reserva, un ser masculino y un ser femenino, en este acto fundador que hemos evocado al comienzo de nuestro discurso de este año, llamándolo “el acto sexual”. Si dije que no hay acto sexual es en el sentido en que este acto conjugaría bajo una forma de repartición simple, la que evoca en la técnica, por ejemplo, en los técnicos usuales, en la del cerrajero, la apelación de pieza macho o de pieza hembra; repartición simple que constituiría el pacto, si puede decirse, inaugural, a través del cual la subjetividad se engendraría como tal, macho o hembra.

⁸ Diógenes Laercio: *Vidas y doctrinas de los filósofos ilustres*, VI, 46 & 69.

⁹ Cf. *Behandlung* [S.].

Di cuenta, en su tiempo y en su lugar,¹⁰ del famoso “tú eres mi mujer”. Pues, bien, es enteramente claro que no basta con que lo diga para que yo siga siendo su hombre. Pero bueno, ¡así bastara, eso no resolvería nada!

Me fundo como *su* algo. Es un anhelo de pertenencia que está henchido de un pacto, por lo menos de un pacto de preferencia.¹¹ Esto no sitúa absolutamente nada ni del hombre ni de la mujer. Por lo menos, puede decirse que son dos términos opuestos y que es indispensable que haya dos. Pero lo que es cada cual y ninguno, está enteramente excluido del fundamento en la palabra en lo que concierne a lo que tiene que ver con la unión. Matrimonial, si quieren, o cualquier otra. Que cierta dimensión la lleve hasta la dimensión de sacramento no cambia absolutamente nada. Absolutamente nada a aquello de que se trata, a saber, del ser del hombre o de la mujer.

Eso deja en particular también completamente de lado la categoría de la feminidad. Ya que tomé el ejemplo del “tú eres mi mujer”... y que nunca es malo traer ese ejemplo que es el del maestro mismo del psicoanálisis, del que puede decirse que para él ese pacto fue extraordinariamente preeminente, la cosa afectó a todos los que se le acercaron: *uxorious*, como se dice en inglés, “uxurioso”, así lo califica Jones después de muchos otros, pero de quien en últimas tampoco es un misterio que su pensamiento chocó hasta el final con el tema *¿qué quiere una mujer?*, lo que equivale a decir *¿qué es ser una mujer?*

Es necesario que les agregue que desde entonces, 67 años de... forjas psicoanalíticas, no han hecho que sepamos más sobre lo que concierne al goce femenino; aunque de la mujer o de la madre –no se sabe muy bien cómo se expresa uno– habláramos sin descanso. Es, sin embargo, algo que vale subrayarlo.

Por eso es importante darse cuenta... y ese esquema heurístico (se los di en forma de esas tres líneas: del *a minúscula*, del Uno que sigue (del Uno agujereado) y del Otro), nos recuerda simplemente esto, que es la moneda corriente de lo que articulamos en el transcurso de la jornada, a saber: que el acto sexual implica un elemento tercero en todos los niveles.

Saber, por ejemplo, a qué se llama *la madre* (la madre en el Edipo, sobre la cual se enganchan todos los estragos de la vida amorosa), interdicto que, en todo caso, permanece siempre presente en el deseo, por ese hecho.

¹⁰ En el seminario de 1955-1956, *Las estructuras freudianas de las psicosis*, lección del 30 de noviembre de 1955.

¹¹ ¿O “de referencia”?

O también el *falo* en la medida en que debe faltar a quien lo tiene. Es decir, al hombre, en la medida en que el complejo de castración quiere decir algo, algo que aún no está enteramente aclarado, puesto que implica que inventemos a su respecto el alcance de una negación especial; porque, en últimas, si no lo tiene, en el registro y en la medida en que el acto sexual pueda existir, ¿eso no quiere decir por ello tampoco que lo pierda! (El sujeto de esta negación, espero, podrá ser abordado antes de terminar el año).

Por otra parte, que ese falo se vuelva el ser del *partenaire* que no lo tiene. Es aquí que, sin duda, hallamos la razón por la cual Aristóteles, como lo recordé la última vez, tan sometido a la gramática, al parecer, se nos dice, fue él, quien desarrolló el abanico, la lista, el catálogo de las *Categorías*,¹² curiosamente, después de haberlo dicho todo (la calidad, la cantidad, la *πότε*, el *ποῦ*, el *πρὸς τί*¹³ y todo... todo lo que sigue en la lista) no chistó nada... Aun cuando la lengua griega, como la nuestra, esté absolutamente sometida a lo que Pichon¹⁴ llama la “sexuisemejanza”, a saber que está: *el sillón [fauteuil]*, y que está: *la foto [photo]* (como además... vean... de pasada... diviértanse invirtiendo la ortografía: se instruirán mucho con una dimensión absolutamente disimulada de la relación analítica: el *photeuil* y la *fauto*;¹⁵ es muy divertido)... En fin, como sea, a Aristóteles nunca se le ocurrió plantear, a propósito de ningún siendo, lo que sin embargo se imponía tanto en su tiempo como en el nuestro: saber si había una categoría del sexo.

De dos cosas, una: o él no estaba guiado tanto como lo dice por la gramática, o bien hay en eso, entonces, en esta omisión, alguna razón. Probablemente tiene que ver con esto. Cuando hablé hace poco de ser “masculino” o de ser “femenino”, había en eso un empleo falseado. A saber que, tal vez, el ser acaso es, como se expresa también Pichon, “insexuable”; que el *τί ἐστί*¹⁶ el *quid* del sexo tal vez falta; tal vez sólo está el falo. Esto explicaría, en todo caso, muchas cosas. En particular, esta lucha salvaje que se establece en torno a esto y que nos da seguramente la razón visible, si no última, de lo que se llama “la lucha de los sexos”! Solamente que yo creo también al respecto que la lucha de los sexos es algo a lo cual, de hecho, la Historia demuestra que son los psicoanalistas más superficiales los que se han detenido en esto. No

¹² Aristóteles, *Categorías 4*. CF. La edición bilingüe [griego-francés] de F. Idefonse y J. Lallot. Seuil, 2002.

¹³ Sizaret: “τὸ τί”. Habíamos retomado la enumeración de *Categorías*, 4.

¹⁴ Damourette Jacques & Pichon Édouard, *Des mots à la pensée. Essai de grammaire de la langue française*, t. 1, cap. IV, París, 1927-1940, Ediciones d’Artrey.

¹⁵ Hay homofonía entre *pho* y *fau* en francés [T.]

¹⁶ Sizaret: “τὸ τί”. Texto muy dudoso. Si no se trata del *τί ἦνεῖναι*, puede tratarse de un *τί ἐστί*, término casi sinónimo, traducido por lo común por “esencia” (H. R.).

obstante, queda que una cierta ἀλήθεια –a tomar en el sentido y con el acento de *Verborgenheit* que le da Heidegger– ha de instaurarse, propiamente hablando, respecto a aquello de lo que se trata en el acto sexual.

Esto es lo que justifica el empleo, para mí, de ese esquema que, lo subrayo de pasada para no hacer confusiones con otras cosas que dije en otras circunstancias y particularmente respecto a la estructura y la función del corte, de lo que les dije a veces que, tal como la simbolizo cuando la hago funcionar en lo que se llama el plano proyectivo, pretendo, no *hacer una metáfora* sino, propiamente hablando, hablar del *soporte real* en cuestión. No pasa lo mismo en ese esquemita tan simple: de ese Uno, que la última vez hice, punteado y perforado, de ese Otro y de ese *a minúscula*.



Fig. XIX-1

Es esta triplicidad tan simple en torno a la cual puede y debe desarrollarse un cierto número de puntos que hemos de subrayar a este respecto, en relación con lo que concierne a lo que relaciona con el sexo todo lo que tiene que ver con el síntoma; y sobre lo cual este año entiendo plantear –ciertamente de manera repetida, y yo no podría repetir demasiado las cosas cuando se trata de categorías nuevas–, repetir lo que nos servirá de base.

El Uno (para comenzar por el medio) es el más litigioso. El Uno concierne a esa *pretendida* unión sexual, es decir, al campo en donde se interroga si puede producirse el acto de partición que necesitaría de la repartición de las funciones definidas como macho y hembra.

Ya hemos dicho con la metáfora del caldero, que la última vez recordé, que hay en todo caso aquí, provisionalmente, algo que no podemos designar sino con la presencia de un *gap*, de un hueco, si quieren. Hay algo que no cuadra, que no va de suyo y que es precisamente lo que recordaba hace poco sobre el abismo que separa toda promoción, toda proclamación de la bipolaridad macho y hembra, de todo lo que nos da la experiencia respecto al acto que la funda.

Por hoy, quiero aquí, en el tiempo que se me imparte, subrayar, que es de ahí, de ese campo Uno, de ese Uno ficticio (de ese Uno a cual se aferra toda una teoría analítica cuya falacia me han escuchado las últimas veces, en varias ocasiones, denunciar), importa plantear que es de ahí, de ese campo *designado* Uno, numerado Uno, no asumido como unificante por lo menos hasta que lo hayamos probado, que *es de ahí de donde habla toda verdad*. En tanto que para nosotros los analistas (y para muchos otros, aún antes de que hayamos aparecido, aunque no hace

mucho, para un pensamiento que data de lo que podemos llamar por su nombre, en últimas: el giro marxista), LA VERDAD NO TIENE OTRA FORMA QUE EL SÍNTOMA.

El *síntoma*, es decir, la significancia de las discordancias entre lo real y la razón por la que se da. La ideología, si quieren. Pero con una condición y es que en ese término lleguen ustedes hasta incluir la percepción misma.

La percepción es el *modelo* de la ideología. Porque es un cernidor respecto a la realidad. Y, además, ¿por qué sorprenderse de eso? Porque todo lo que existe de ideologías, desde que el mundo está pleno de filósofos, sólo se ha construido siempre sobre una reflexión primera que recaía en la percepción.

Vuelvo a ello, a lo que Freud llama “el río de fango”, que concierne al más vasto campo del conocimiento,¹⁷ toda esa parte del conocimiento absolutamente inundante del que emergemos apenas, para precisarlo con el término de *conocimiento místico*; en la base de todo lo que se ha manifestado en el mundo de este orden, *no hay SINO el acto sexual*. Reverso de mi fórmula *NO hay acto sexual*.

Es absolutamente superfluo pretender remitirse a la posición freudiana en cualquier cosa si no se toma a la letra lo siguiente: en la base de todo lo que aportó, hasta hoy, ¡Dios mío!, de satisfacción, el conocimiento... (digo: *el conocimiento*, lo llamé *místico* para distinguirlo de lo que en nuestros días nació bajo la forma de *la ciencia*)... de todo lo que concierne al conocimiento sólo hay, en su principio, el acto sexual.

Leer en Freud que en el psiquismo hay funciones desexualizadas, quiere decir, en Freud, que hay que buscar el sexo en su origen. Eso no quiere decir que haya lo que en tales lugares se llama, por necesidades políticas, la famosa “esfera no conflictual”, por ejemplo: un yo más o menos fuerte, más o menos autónomo, que podría tener una aprehensión más o menos aséptica de la realidad!

Decir que hay relaciones con la verdad (digo, la verdad) que no atañe al acto sexual, es lo que propiamente no es cierto. De eso no hay.

Me excuso por esas fórmulas respecto a las cuales sugiero que su filo puede ser resentido un tanto demasiado vivamente. Pero yo me hice a mí mismo esta observación. Primero, que todo eso está implicado en todo lo que he enunciado siempre en la medida en que sé lo que digo; pero también este comentario de que ¡el hecho de que yo sepa lo que digo no basta! No basta para que

¹⁷ Jung, Carl Gustav, *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Madrid, Seix Barral, 1964/2005 [7ª edición].

lo reconozcan ustedes ahí. Porque en el fondo la última sanción de ese *yo sé lo que digo* ¡es lo que yo no digo! No es mi suerte propia, es la suerte de todos aquellos que saben lo que dicen.

Eso es lo que hace tan difícil la comunicación. O bien uno sabe lo que dice y lo dice. Pero en muchos casos hay que considerar que es inútil porque nadie se da cuenta de que el nódulo de lo que tienen ustedes que hacer escuchar es justamente ¡lo que no dicen nunca! Es lo que los demás dicen y que continúa haciendo su ruido y, más aún, que acarrea efectos. Es lo que nos fuerza de vez en cuando, y hasta más a menudo que en nuestro turno, a dedicarnos al barrido. Una vez que uno se ha comprometido en esta vía no tiene razón para acabar. En otro tiempo hubo un tal Hércules que, al parecer, acabó su trabajo en las caballerizas de un tal Augias. Es el único caso que yo conozca de limpieza de las caballerizas ¡por lo menos cuando se trata de ciertos campos!

Solamente hay un campo, al parecer, y no estoy seguro, que no tenga relación con el acto sexual en tanto que atañe a la verdad, es la matemática en el punto en donde confluye con la lógica. Pero yo creo que es lo que le permitió a Russel decir que uno jamás sabe si lo que uno avanza allí es verdad. Yo no digo ¡verdaderamente verdadero!, verdad, sencillamente. De hecho, es verdad, a partir de una posición definicional de la verdad: si tal y tal y tal axioma son verdaderos, entonces se desarrolla un sistema, sobre el cual hay que juzgar si es o no consistente.

¿Cuál es la relación de esto con lo que acabo de decir, a saber, con la verdad en la medida en que necesitaría la presencia, el cuestionamiento como tal del acto sexual?

Pues bien, aún después de haber dicho esto, no estoy seguro, tampoco, de que ese maravilloso, ese sublime despliegue moderno de la Matemática lógica o de la Lógica matemática no tenga relación con el suspenso de si hay o no un acto sexual. Me bastaría con escuchar el gemido de un Cantor. Porque es en la forma de un gemido que, en un momento dado de su vida, él enuncia que uno no sabe que la gran dificultad, el gran riesgo de la matemática es ser el lugar de la libertad. Se sabe que Cantor pagó caro esta libertad.

De suerte que la fórmula de que lo verdadero concierne a lo real, en tanto que estamos allí comprometidos a través del acto sexual, a través de este acto sexual que planteo, primero, que uno no está seguro de que exista –aún cuando sólo éste interese a la verdad–, me parecería la fórmula más justa en el punto al que llegamos.

Entonces, el síntoma, todo síntoma, se anuda es en ese lugar del Uno agujereado. Y es por eso que implica siempre, por muy sorprendente que nos parezca, su aspecto de satisfacción, quiero decir, en el síntoma.

La verdad sexual es exigente, y más vale satisfacer allí un poco más, que no suficiente.

Desde el punto de vista de la satisfacción, un síntoma, a ese respecto, podemos concebir que sea más satisfactorio que la lectura de una novela policíaca.

Hay más relación entre un síntoma y el acto sexual que entre la verdad y el “yo no pienso”, fundamental, sobre el que les recordé al comienzo de esas reflexiones que el hombre aliena allí su “yo no soy”, muy poco soportable. Respecto a lo cual nuestra coartada del “ser rechazado” de hace poco, aún cuando no es tan agradable en sí misma, puede parecernos más soportable.

¿Entonces? Por el momento, no más de este Uno. Tenía que indicar esto.

Pasemos al Otro, como al lugar donde toma lugar el significante. Porque hasta aquí no les he dicho que ahí estaba el significante porque el significante sólo existe como repetición. Porque es éste el que hace llegar la cosa en cuestión, como verdadera.

En el origen no se sabe de dónde sale. Sólo es, les dije la última vez, ese rasgo, que es también corte, a partir del cual puede nacer la verdad.

El Otro es el reservorio de material, para el acto.

El material se acumula muy probablemente por el hecho de que el acto es imposible.

Cuando digo esto no digo que no exista. No basta para decirlo. Puesto que lo imposible es lo real, sencillamente. Lo real puro. La definición de lo posible exige siempre una primera simbolización. Si excluyen esa simbolización, les aparecerá mucho más natural esta fórmula: *lo imposible es lo real*.

Es un hecho que no se ha probado la posibilidad del acto sexual en ningún sistema formal. Ya ven que insisto ¿ah? ¡vuelvo a eso!

¿Qué prueba el hecho de que no se lo pueda probar? Ahora que sabemos muy bien que no-computabilidad, no-decidibilidad también, no implican en absoluto irracionalidad; que se define, que se ciernen perfectamente bien, que se escribe en volúmenes enteros sobre ese campo del estatuto de la no-decidibilidad y que se puede perfectamente definirla lógicamente.

En ese punto, entonces, ¿qué es?, ¿qué es este Otro? ¿El grande, éste, con A mayúscula? ¿Cuál es su sustancia? ¿Ah?

Yo me dejé decir –aunque, a decir verdad, aunque en verdad, hay que saber que cada vez me dejo decir menos, puesto que no se lo escucha, bueno, que yo no lo escucho ya, eso ya no llega a mis oídos–, me dejé decir durante un tiempo que yo camuflaba bajo ese lugar del Otro lo que agradablemente se llama, en últimas, por qué no, el espíritu.

Lo molesto es que es falso. El Otro, con A mayúscula, al final de los finales, y si aún no lo han adivinado, el Otro con A mayúscula, tal como está ahí escrito ¡es el CUERPO!

¿Por qué a algo como un volumen o un objeto, en tanto sometido a las leyes del movimiento en general, se lo llamaría así: un “cuerpo”? ¿Por qué se hablaría de la “caída de los cuerpos”? ¡Qué curiosa extensión de la palabra “cuerpo”! Qué relación hay entre un balón que cae de la torre de Pisa y el cuerpo nuestro, sino esta: que es el cuerpo, nuestra presencia de cuerpo animal, ante todo, el primer lugar donde poner inscripciones, el primer significante, como todo está ahí para sugerírnoslo en nuestra experiencia. Salvo, por supuesto, que apasionamos siempre las cosas: cuando se habla de la herida, se agrega “narcisista” y se piensa enseguida que eso bien debe molestar al sujeto, ¡quien naturalmente es un idiota! No viene en mientes que lo importante de la herida es la cicatriz.

La lectura de la Biblia podría estar ahí para recordarnos, con las varas plantadas en el fondo del abrevadero donde van a pacer los rebaños de Jacob,¹⁸ que los diferentes trucos para imponerle al cuerpo la marca no datan de ayer y son absolutamente radicales; que si no se parte de la idea de que el síntoma histérico, en su forma más simple, el de la “rasgada”¹⁹, no ha de ser considerado como un misterio sino como el principio mismo de toda posibilidad significativa...

No hay que romperse la cabeza: que el cuerpo esté hecho para inscribir algo que se llama la marca, le evitaría a todos muchas preocupaciones y el tamizado de muchas estupideces. El cuerpo está hecho para ser marcado. Siempre se lo ha hecho. Y el primer comienzo del gesto de amor es siempre un poquito, esbozar más o menos ese gesto...

¡Eso es! Dicho esto ¿cuál es el primer efecto, el efecto más radical de esta irrupción del Uno en tanto representa el acto sexual a nivel del cuerpo?

Pues, bien, es lo que constituye, con todo, nuestra ventaja sobre cierto número de especulaciones dialogadas sobre las relaciones de lo Uno y de lo Múltiple. Nosotros, sabemos

¹⁸ *Génesis*, 30, 25-43.

¹⁹ *ragade*. Cf. el inglés *to rag*, desgarrar; y el francés *raguer* [S.].

que de ninguna manera es así de dialéctico. Cuando este Uno irrumpe en el campo del Otro, es decir, a nivel del cuerpo, el cuerpo cae en pedazos.

El cuerpo fragmentado: esto es lo que nuestra experiencia nos demuestra existir en los orígenes subjetivos. ¡El niño sueña con el despedazamiento! Rompe la bella unidad del imperio del cuerpo materno. Y lo que resiente como amenaza es ser, por ella, desgarrado.

No basta con descubrir esas cosas y explicarlas con una pequeña mecánica, un jueguito de pelota: la agresión se refleja, se refracta, vuelve, reparte... ¿Qué fue lo que comenzó? Antes de eso bien podría ser útil poner en suspenso la función de ese cuerpo fragmentado. Es decir, el único sesgo por el cual nos ha interesado, de hecho, a saber su relación con lo que puede concernir a la verdad en la medida en que ella misma está suspendida de la *ἀλήθεια*, y de la *Verborgenheit*, en el carácter oculto²⁰ del acto sexual.

A partir de ahí ¡por supuesto! la noción de Eros, bajo la forma de la que recientemente me burlé de que fuera la fuerza que uniría, con un irresistible atractivo, todas las células y los órganos que reúne nuestra bolsa de piel (concepción por lo menos mística, puesto que no hacen la mínima resistencia al hecho de lo que se les extraiga, y el resto no se porta peor), es evidentemente una fantasía que compensa los terrores relacionados con ese fantasma órfico que acabo de describirles.

Además, no es explicativo en absoluto. Porque no basta con que el terror exista para que explique algo. Más bien es este terror el que habría que explicar. Por eso, más vale dirigirse por la vía de lo que yo llamo *sistema consistente*, lógico, porque, en efecto, se requiere que lleguemos ahora a esto: ¿POR QUÉ HAY ESTE OTRO (con A mayúscula)?

¿Qué es la posición de ese extraño doble que toma, nótenlo, lo simple? Porque el Otro (con A mayúscula), por su parte, no es dos. Entonces, [¿qué es] esta posición de doble que toma lo simple, cuando se trata de explicar ese curioso Uno, que, por su parte, se anuda en la bestia de dos espaldas, en otras palabras, en el abrazo de dos cuerpos [?]. Porque de eso se trata. No es de ese curioso Uno que el Otro es, por su parte, aún más curioso. No hay entre estos –quiero decir, entre ese campo del Uno y ese campo del Otro–, ningún vínculo. Sino todo lo contrario. Hasta es por eso que el Otro es también lo inconsciente. Es decir, el síntoma *sin su sentido*, privado de su verdad pero cargado siempre más, en cambio, con el saber que contiene. Lo que parte al Uno del Otro es precisamente lo que constituye al sujeto.

²⁰ “fragmentado” [Dorgeuille].

No hay sujeto de la verdad, sino del acto en general, del acto que tal vez no puede existir en tanto acto sexual. Esto es muy específicamente cartesiano: el sujeto no sabe nada de él, sino que duda. La duda... “lo dudo”²¹ como dice el celoso que acaba de mirar por el hueco de la cerradura un trasero en posición de enfrentamiento con dos piernas que bien conoce, se pregunta...

Justamente, si no son Dios y su alma,²² el fundamento del sujeto de Descartes, su incompatibilidad con la extensión no es razón suficiente para identificar el cuerpo con la extensión; pero su exis... su exclusión de sujeto es, en cambio, fundada por esa vía. Y al tomarlo por el sesgo que les presento, la pregunta por su íntima unión con el cuerpo –hablo del sujeto, no del alma–, ya no lo es.

Basta con reflexionar en lo siguiente: que, en cuanto al significante (¡atención ¿ah? los que no están acostumbrados!), es decir, en cuanto a la estructura, no hay ningún otro soporte –de una superficie, por ejemplo– diferente al agujero que ésta constituye con su borde. Sólo eso la define. Eleven las cosas un grado, tomen las cosas a nivel del volumen, no hay más soporte del cuerpo que el filo que preside a su recorte.

Esas son verdades topológicas, de las cuales no resolveré aquí si tienen relación o no con el acto sexual, pero toda elaboración posible de lo que se llama álgebra de bordes exige lo siguiente (lo cual nos da la imagen de lo que pasa con el sujeto en esa juntura entre lo que hemos definido como el Uno y el Otro): el sujeto siempre está un grado estructural por debajo de lo que constituye su cuerpo.

Esto es lo que explica también que, de ninguna manera, su pasividad, a saber, ese hecho por el cual él depende de una marca del cuerpo podría ser, de ninguna manera, compensada con ninguna actividad, así sea su afirmación en acto.

Entonces, ¿qué hace del Otro el Otro?

Me entristece mucho pues el tiempo, una cierta desmedida, tal vez también un cierto uso, paradójico, del corte –pero en ese caso tómenlo como intencional–, hará que los deje aquí, hoy, al término de la hora.

El Otro sólo es el Otro por esto, que es el primer tiempo de mis tres líneas, a saber, ese *a minúscula*. Fue de ahí que partí durante nuestras últimas reuniones, para decirles que su

²¹ La expresión entrecomillada supone al parecer un *je*: “[*je*] le doute”: lo dudo [T.].

²² “¡él se pregunta, justamente, si no son Dios y su alma! [Sizaret].

naturaleza es la de lo inconmensurable, o mejor, que es de su inconmensurabilidad que surge toda cuestión de medida.

Sobre este *a minúscula*, objeto o no, retomaremos nuestra reunión de la próxima vez.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila

Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELENS H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com